

Presentación: Arquitectura e instituciones militares. Política, cultura y sociedad

Coord. Centro de Estudios de la Guerra-RUHM, España

secretaria@ruhm.es

A los pocos kilómetros el aspecto del terreno cambia notablemente y comienza a anunciar la proximidad de la guerra. [...]. En todo lo que nos rodea hay algo que se ha roto para siempre, y que costará mucho volver a poner en marcha. Sólo la piedra, la piedra dura y lisa, conserva su carácter. Todo lo demás –la madera viva y la hierba, la tierra trabajada, el agua clara y los animales que ayudan al hombre está ausente.

Pere Calders, *Unitats de xoc*¹

Las palabras que abren paso a este nuevo dossier de la *Revista Universitaria de Historia Militar* proceden de las memorias de guerra de uno de los más importantes literatos en lengua catalana. Pere Calders, cartógrafo del Ejército Popular de la República, recogía sus impresiones al pie del terreno camino del frente de Teruel, en este caso a su paso por el puerto de Escandón, que había sido primera línea de combate durante el primer año y medio del conflicto del 36-39. Con la sensibilidad propia del hombre de letras, este escritor catalán daba cuenta de las profundas transformaciones sufridas por el paisaje a manos de la guerra moderna, muchas veces apreciables a simple vista y otras, no tantas, imperceptibles para el ojo humano. Sin embargo, se trata de un horizonte visual que a buen seguro podría trasladarse a muchas zonas de conflicto desde la Antigüedad hasta nuestros días: la vida humana que queda en suspenso a causa de las expulsiones, la huida de los moradores, los saqueos y la muerte que acompaña a todos los enfrentamientos armados.² Sea como fuere, la mayor parte de los efectos más traumáticos de la guerra sólo son

¹ Pere CALDERS: *Unitats de xoc*, Barcelona, La Magrana, 2010 [1938], pp. 110-111.

² Para el impacto material de la Guerra de los Treinta Años véase W. VON HIPPEL: *Das Herzogtum Württemberg zur Zeit des Dreißigjährigen Krieg im Spiegel von Steuer- und Kriegsschadensberichten 1629-1655*, Stuttgart, 2009, sobre su valoración como guerra total, con todo su potencial transformador, véase Peter H. WILSON: “¿Fue la Guerra de los Treinta Años una ‘guerra total’?”, *Revista Univer-*

reconocibles a la mirada de una o dos generaciones, por mucho que algunos de ellos sean invisibles o indelebles. Entre ellos podemos destacar la contaminación de los suelos y las aguas producida por el armamento moderno, así como el lento goteo de muertes y mutilaciones que sigue causando muchos años después del fin de las hostilidades, pero no menos la deforestación provocada por los incendios o la erradicación de la vida humana, animal y vegetal en un radio de varios kilómetros, debida a asedios prolongados.

En cualquier caso, las marcas más perceptibles y durables de la relación consustancial entre las sociedades humanas y la guerra han quedado encarnadas en tres ámbitos fundamentales: la cultura, ya sea popular o elitista, que consignaría experiencias de la guerra por lo general muy diferentes, una tendente a reflejar su impacto traumático y destructor y otra que buscaría su legitimación al cantar sus supuestas bondades e inevitabilidad.³ Muy relacionadas con todo ello tendríamos el surgimiento y la evolución de las instituciones militares encaminadas a hacer la guerra y, muy importante, a reforzar los sistemas político-económicos y los equilibrios sociales de los que se nutrirían. Y, por último, la arquitectura militar, que suele ser la muestra más evidente y permanente, aunque pueda perder su razón de ser con el paso de los años, de esa íntima relación entre las comunidades humanas, el mundo castrense y lo bélico.⁴ De hecho, la foto que sirve como portada a este número es buena muestra de esto último. Se trata de uno de los radares que formaba parte del sistema Duga, un escudo antimisiles construido y puesto en funcionamiento en las inmediaciones de Chernóbil a mediados de los años 70 por las autoridades soviéticas. Hoy en día está en desuso por encontrarse dentro de la zona de exclusión del desastre ocurrido en la vecina central nuclear en abril de 1986, por el fin de la Guerra Fría y por el avance en la detección de misiles vía satélite. Sin embargo, esta inmensa estructura metálica, junto a toda el área de 30

sitaria de Historia Militar, 5:10 (2016), pp. 341-356.

³ Sobre el rastro que dejaron las guerras de los siglos XIX y XX en la cultura oral del Pirineo aragonés véase Enrique SATUÉ: *El Pirineo contado*, Zaragoza, Prames, 2014 [1995], pp. 92-106. Parte de las codificaciones y la experiencia de guerra de las clases populares ha sido recogida en forma de relatos por Severino PALLARUELO: *Pirineos, tristes montes*, Zaragoza, Xordica, 2015 [1990], pp. 126-160. Un trabajo que estudia las representaciones de la guerrilla antifranquista en el ámbito de la literatura en Valeria POSSI: *El maquis en la novela contemporánea. De Julio Llamazares a Almudena Grandes*, Madrid, Wisteria, 2017, pp. 85-162. Un caso de estudio interesante es el de la guerra civil estadounidense de mediados del XIX, abordado por la obra colectiva de Lawrence A. KREISER JR. y Randal ALLRED (eds.): *The Civil War in Popular Culture: Memory and Meaning*, Lexington, The University Press of Kentucky, 2014. Sobre la memoria de la guerra y su importancia en la Europa de la Edad Moderna véase el trabajo de Judith POLLMANN: *Memory in Early Modern Europe, 1500-1800*, Oxford, OUP, 2017, pp. 159-185. Para la Edad Media un caso de estudio interesante es el de Martha EASTON: "Images Gross and Sensible": Violence, Memory and Art in the Thirteenth Century", en Elma BRENNER, Meredith COHEN y Mary FRANKLIN-BROWN (eds.), *Memory and Commemoration in Medieval Culture*, Surrey, Ashgate, 2013, pp. 33-53. Para la Edad Antigua resulta extremadamente sugerente la obra colectiva de David KONSTAN & Peter MEINECK (eds.): *Combat trauma and the ancient Greeks*, Nueva York, The New Antiquity, 2014, reseñada en este mismo número por Adrià Muñoz.

⁴ A este respecto es sumamente recomendable la visión de conjunto que aporta la obra de John KEEGAN: *Historia de la guerra*, Madrid, Turner, 2014 [1993].

kilómetros a la redonda que la envuelve, y que incluye la central y numerosas poblaciones evacuadas, constituye una expresión silente y permanente del mundo militar, el conflicto y el modo de hacer la guerra en que surgió, que es el del choque entre los bloques comunista y capitalista, la carrera armamentística y la amenaza de un holocausto nuclear. Lo mismo ocurre con los castillos, fortificaciones y asentamientos amurallados que pueblan todo el territorio ibérico, por citar un caso cercano, y que siguen siendo el testimonio de las cambiantes tierras de frontera, de las formas de guerrear en la Edad Media y, también, de los diversos equilibrios políticos. Tampoco es diferente el caso de las murallas y portones de cualquier ciudad de la Antigüedad o las fortificaciones geométricas de época moderna, prueba de la evolución del armamento, de las tácticas y estrategias de guerra y, por supuesto, de su impacto sobre el entorno a lo largo del tiempo.⁵

Precisamente, los dos primeros artículos de este dossier se centran de forma específica en precisar qué nos puede decir el estudio de la arquitectura, las infraestructuras militares y las zonas de conflicto sobre los métodos de guerra, pero también sobre los usos y costumbres de las comunidades humanas que vivirían en torno a ellos. Al fin y al cabo, cada día queda más claro que de nada sirve el estudio del mundo castrense y de los conflictos sin atender a su dimensión social y cultural, que es la que nos permite evaluar la naturaleza y dimensión real de los enfrentamientos armados. Ya no sólo se trata de un ejercicio de honestidad intelectual, sino también de una vía para construir una memoria colectiva alternativa de las guerras que nos permita ver los múltiples sustratos históricos que albergan nuestros paisajes. Por este medio deberíamos ser capaces de dotarnos de herramientas de análisis y visiones críticas y complejas de lo militar y lo bélico en todas sus manifestaciones, con más razón aún si atendemos a su papel decisivo en la conformación de la realidad en que nos movemos. De hecho, hay que tener en cuenta que las propias fortificaciones militares no sólo han sido estructuras encaminadas a la defensa frente a agresores externos, sino también arquitecturas represivas cuyo objetivo era la defensa frente a amenazas internas y muestras de poder para el reforzamiento del statu quo político-económico y social imperante en el entorno bajo su control.⁶ Así pues, no es de extrañar que el artículo de este dossier debido a Juan-Luis Montero Fenollós, centrado en deconstruir el mito de las murallas de Babilonia a

⁵ Un caso paradigmático de la influencia de la cultura militar sobre la arquitectura y el urbanismo es el de la ciudad de Ferrol. Ésta fue construida durante el periodo de la Ilustración, por lo tanto está inspirada en los principios del racionalismo y la salubridad imperantes en los planteamientos hegemónicos del momento, de los cuales también era muy deudor el mundo castrense. Así pues, las calles amplias hacían mucho más sencillo manejar cualquier acto contestatario por parte de las clases trabajadoras –un principio que también se seguiría en las reformas urbanas del París del siglo XIX– y la disposición estratégica de los cuarteles militares también contribuiría a ello. El *saneamiento* de las tramas urbanas es un fenómeno común en la Europa del siglo XIX y la primera mitad del XX, y tiene mucho que ver con políticas de control social y político.

⁶ Para lo referido a la importancia de las fortificaciones sobre la vida de las comunidades humanas, tanto en el exterior véase ídem, pp. 197-214.

través de la arqueología y el análisis de las fuentes clásicas, defiende que la construcción, reparación y reconstrucción de las imponentes fortificaciones de la ciudad formó parte de una política consciente de prestigio y poder de la monarquía babilónica, de cara a sus propios súbditos y frente al exterior.

Un buen ejemplo de esto último fue la erección de toda una línea de fortificaciones pirenaicas impulsadas bajo el reinado de Felipe II, como la Ciudadela de Pamplona, el Fuerte de Santa Elena y la Ciudadela de Jaca. Dicha política de infraestructuras no sólo tuvo que ver con los recurrentes conflictos entre las monarquías de ambos lados del Pirineo a lo largo del siglo XVI, sino también con el impulso centralizador y el reforzamiento de la soberanía y control reales sobre unos territorios donde ambos fueron puestos en cuestión. No por nada, los territorios de los reinos de Aragón y Navarra se habían incorporado a la monarquía compuesta, que por entonces aún conservaba muchos de sus rasgos distintivos de índole jurídico-legal, cultural, social y económico, tanto al nivel de las clases populares como de las élites. De hecho, es significativo que los jaqueses rechazaran la construcción de la Ciudadela al considerar que ésta constituía una grave intromisión del poder real sobre su hinterland y, por tanto, una amenaza sobre sus fueros y privilegios.⁷ Sin embargo, nada impidió que fuera culminada en 1592, no por casualidad coincidiendo con el año posterior al caso de Antonio Pérez y las subsiguientes Alteraciones de Aragón.⁸ Ya veinte años antes, la construcción de la Ciudadela de Pamplona se había justificado en base a que «aún» estaba

fresca la memoria del gobierno de su rey natural y la licencia que tenían debajo de uno débil, y la poca justicia que había para los poderosos, [...], todavía es necesario asegurarse también, con una fuerza, de sus voluntades [las de los pamploneses]. Y estando

⁷ Javier IBÁÑEZ FERNÁNDEZ: *Arquitectura aragonesa del siglo XVI. Propuestas de renovación en tiempos de Hernando de Aragón (1539-1575)*, Zaragoza, IFC e IET, 2005, p. 47.

⁸ Las llamadas Alteraciones de Aragón han generado amplios debates y multitud de análisis, siendo particularmente interesantes por enmarcarse en todo un conjunto de conflictos sociales, políticos, económicos y culturales que se extendieron a lo largo de todo el siglo XVI en buena parte del territorio aragonés. La interpretación más compleja, novedosa y atractiva es la ofrecida por Jesús GASCÓN PÉREZ: “De las alteraciones a la rebelión: una alternativa a la interpretación ‘aristocrática’ del conflicto entre Felipe II y Aragón en 1591”, *Pedralbes. Revista d’història moderna*, 21 (2001), pp. 165-191, trabajo que se inspira en su tesis doctoral. El proceso de reforzamiento del poder real en los territorios del reino de Aragón, puestos bajo la soberanía del monarca de Castilla junto al resto de la Corona de Aragón en 1516, se caracterizó por su complejidad en todo el territorio, tal y como prueba la tesis de José Luis CASTÁN ESTEBAN: *Los fueros de Teruel y Albarracín en el siglo XVI*, Universitat de València, tesis doctoral inédita, 2009. El trabajo de Castán resulta más interesante si cabe porque nos permite cuestionar la habitual centralidad de los grandes núcleos urbanos y políticos dentro de la historiografía. De hecho, el conflicto aragonés sólo puede comprenderse dentro del contexto más amplio de la monarquía hispánica en su conjunto, tal y como defendía Alfredo FLO-RISTÁN IMÍZCOZ: “Las ‘alteraciones’ de Pamplona de 1592”, *Studia histórica. Historia moderna*, 22 (2000), pp. 17-52.

Pamplona con un buen castillo, se estará seguro del peligro intrínseco; y siendo fortificada, lo estará de todo peligro extrínseco.⁹

En febrero de 1592, el frustrado intento de invasión a través del valle de Tena por parte de un ejército bearnés encabezado por líderes de la rebelión aragonesa, que siguió a las Alteraciones de Aragón del año anterior, prueba que los temores de Felipe II ante una posible sublevación interna apoyada por fuerzas invasoras francesas estaban bien fundados.¹⁰ Merece la pena detenerse en estos hechos en la actual coyuntura política planteada por el conflicto catalán, tan caracterizada a ambos lados por la hegemonía del esencialismo en la comprensión y en los discursos públicos sobre el pasado. Echar la vista atrás de manera crítica y responsable nos recuerda una vez más que las naciones son fenómenos modernos cuya emergencia no es el resultado de un proceso unívoco e indiscutible en ningún caso. Más bien al contrario, ésta es la derivación consciente de una construcción identitaria a través de gran cantidad de medios, pero también de concepciones cambiantes del poder y la soberanía y, por supuesto, de la violencia, la guerra y sus diferentes representaciones. Así pues, las cambiantes ideas de la frontera a lo largo del tiempo, la permeabilidad de éstas y su condición de punto de encuentro y desencuentro han sido decisivas en la forja de la realidad tal y como la conocemos.¹¹ Buena prueba de ello es el artículo colectivo “Sobrevivir en la frontera de la guerra santa”, centrado en la emergencia de un confín fruto de las cruzadas, la explotación económica y la colonización en el arco suroccidental del mar Báltico durante la Edad Media. Dicho trabajo, que forma parte de este dossier, por sí solo es buena prueba del esfuerzo titánico que conlleva una investigación apoyada en el trabajo arqueológico con las fuentes escritas y la bibliografía, como se observa también en el caso de Juan-Luis Fenollós.

Como bien es sabido, la colonización no es un fenómeno moderno, sino que forma parte de la historia del ser humano desde la sedentarización del Neolítico hasta la época contemporánea, al igual que la violencia y los conflictos armados, hasta el punto de que éstos la han acompañado de forma casi omnipresente. El caso de estudio que nos proponen Zbigniew Sawicki, Aleksander Pluskowski, Alexander Brown, Monika Badura, Daniel Makowiecki, Lisa-Marie Shillito, Mirosława Zabilska-Kunek y Krish Seetah nos muestra la colonización como un proceso clave en la evolución de las formas de hacer la guerra y en el desa-

⁹ Cit. en Jesús M. USUNÁRIZ GARAYOA: “Soldados, sociedad y política en un reino de frontera: Navarra siglos XVI y XVII”, *Iura Vasconiae*, 4 (2007), p. 290. El conjunto del artículo resulta de sumo interés porque aborda los quebrantos económicos y los conflictos sociales que causó entre la población la puesta en marcha de la obra (pp. 285-325).

¹⁰ Véase Jesús GASCÓN PÉREZ: “La ‘jornada de los bearneses’, epílogo de la resistencia aragonesa contra Felipe II”, *Bulletin hispanique*, 106:2 (2004), pp. 471-496.

¹¹ Sobre las imposiciones que comportaría la condición de tierra de frontera sobre los usos y costumbres y la vida de las comunidades humanas que habitan en ella, así como la evolución de la realidad fronteriza a lo largo del tiempo, véase el caso propuesto por Guillermo TOMÁS FACI y Jorge LALIENA LÓPEZ: *Ansó. Historia de un valle pirenaico*, Huesca, Editorial Pirineo, 2016, pp. 207-248.

rollo y consolidación de sistemas de dominación, en este caso el feudalismo. Así pues, hablamos de un fenómeno amplísimo y sumamente complejo que comporta la imposición de nuevos patrones de poblamiento y explotación de la tierra y sus recursos; pero también el establecimiento de nuevas instituciones e infraestructuras militares capaces de garantizar el control del territorio, los nuevos asentamientos y los intereses de sus impulsores; y no menos la aparición de nuevos arquetipos, identidades y discursos culturales. Al caso de la frontera cristiana feudal en el Báltico, en constante expansión hacia el este entre los siglos XII y XIII, o al de la América colonial angloespañola, cabe añadir otros casos paradigmáticos.¹² Uno de los más interesantes es el de la frontera militar del imperio austriaco o *Vojna krajina*, origen del nombre de toda la región que recubría el arco fronterizo que separa la actual Croacia de Bosnia. La amenaza turca sobre Austria, que culminó con sendos asedios contra Viena en los años 1529 y 1683 hizo que la propia corte imperial tomara cartas en el asunto para impulsar la llegada de colonos que se convertirían en campesinos-soldados libres a los que se dotaría de tierras y otros privilegios, quedando bajo protección real.¹³ Entre los nuevos pobladores había grupos originarios de zonas germánicas y croatas, pero sobre todo eran refugiados serbios procedentes del sureste, que en buena medida conservaron a lo largo de los siglos una identidad combatiente de frontera, quizás similar a la todavía imperante en zonas del Sur y el Oeste estadounidenses.¹⁴ Así pues, he aquí algunas claves que contribuyen a explicar los graves conflictos ocurridos en dicha región balcánica en el siglo XX, con sus puntos álgidos en los años 1941-45 y 1991-95.¹⁵

De este modo, los dos primeros trabajos de este dossier nos revelan que la arqueología es un instrumento esencial para seguir profundizando en nuestro conocimiento del papel de la guerra y la violencia, así como cualquier fenómeno asociado a ellas, en las sociedades

¹² En este sentido, creo que por su ambición comparativa y por la visión cronológica de amplio alcance es referencial para las colonizaciones de la Edad Moderna el trabajo de John ELLIOTT: *Empires of the Atlantic World: Britain and Spain in America 1492-1830*, Yale, YUP, 2006. Lo más sorprendente es que la amplitud de la obra no va en detrimento del valor interpretativo y la complejidad de las tesis que propone. El eje central del trabajo parte de la idea de que el desarrollo de las sociedades coloniales fue el resultado del diálogo entre la metrópoli y sus colonias, pero también de éstas con el entorno en que se asentaron, en un proceso que se caracterizó por los retos y las dificultades y que derivó en una identidad distintiva de los colonos basada en el orgullo por lo logrado.

¹³ Véase Karl KASER: *Freier Bauer und Soldat: die Militarisierung der agrarischen Gesellschaft und der kroatisch-slowanischen Militärgrenze (1535-1881)*, Viena, Böhlau Verlag, 1997. Esta política de repoblamiento tuvo éxito como medida para la consolidación y articulación de la expansión austriaca hacia el sureste, así como para disponer de una fuente de reclutamiento abundante y barata, de modo que se extendió a otras zonas como Eslavonia, Transilvania, la Vojvodjina o el Bánato, lo cual también explica las particularidades étnicas y los conflictos en dichos territorios durante el siglo XX.

¹⁴ Contribuye a romper con ciertos tópicos nacionalistas y esencialistas un trabajo sobre los actuales territorios de Croacia durante la Edad Media y Moderna John V. A. FINE Jr.: *When Ethnicity Did Not Matter in the Balkans: A Study of Identity in Pre-Nationalist Croatia, Dalmatia, and Slavonia in the Medieval and Early-Modern Periods*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2006.

¹⁵ Véase Irina LIVEZEANU y Arpad VON KLIMO: *The Routledge History of East Central Europe since 1700*, Abingdon, Routledge, 2017 [edición electrónica].

antiguas y medievales.¹⁶ Sin ella resulta difícil imaginar la posibilidad de analizar lo que no dejan de ser complejos procesos sociales, políticos, económicos y culturales de interacción entre diferentes comunidades, como ocurre en el caso de las colonizaciones griegas del Mediterráneo en la Antigüedad o la expansión feudal hacia el sur en la península ibérica en la Edad Media. He aquí pues el valor de dichos trabajos, ya que nos abren todo un horizonte de posibilidades. Es gracias a las herramientas y evidencias arqueológicas que podemos reconstruir y observar el dinamismo de los primeros sistemas mundo, sobre todo articulados a nivel regional, como ocurre en el caso de la cuenca mediterránea o báltica, con la Hansa.¹⁷ Por lo tanto, una vez más vemos que la guerra y el expansionismo van asociados de forma inextricable a la economía, con el tendido de nuevas redes comerciales; la religión, con la evangelización; y la política, con la pugna por nuevas esferas de poder e influencia; todo ello en el más amplio sentido e implicando a toda una multiplicidad de actores que no hacen más que complejizar nuestros casos de estudio. También resulta muy sugerente el nuevo interés historiográfico por el vínculo entre el establecimiento y consolidación de los nuevos estados hispanoamericanos en el siglo XIX y la expansión, explotación y control sobre zonas fronterizas o pobladas por pueblos indígenas, lo cual comporta un nexo de continuidad y una agudización de las políticas coloniales del propio imperio español, algo que se puede extrapolar al caso de los Estados Unidos o Australia.¹⁸

Si el de la arquitectura militar y las fronteras fortificadas es un mundo vivo y dinámico que nos aporta claves fundamentales para entender la vida social, política, cultural y económica de las comunidades humanas en que surgen, no menos lo es el de las instituciones militares. Por supuesto, los ejércitos, los cuerpos de oficiales, sus diferentes armas y la identidad corporativa surgida en torno a éstas o, también, las academias militares constituyen espacios para conocer el lugar que ocupa y el papel que cumple lo castrense en una comunidad dada. En la mayor parte de los casos, estas instituciones son el resultado de formas con-

¹⁶ La arqueología, junto a la toponimia, las fuentes clásicas o la epigrafía han sido fundamentales para avanzar en el estudio de las colonias romanas, durante el periodo republicano, que fueron un punto de encuentro fundamental en la forja del imperio tal y como lo conocemos, fruto de la integración de los pueblos itálicos y los propios romanos. Véase al respecto el trabajo de Saskia ROSELAAR: "Colonies and Processes of Integration in the Roman Republic", *Antiquité. Mélanges de l'École française de Rome*, 123:2 (2011), pp. 527-555.

¹⁷ Al respecto resultan fundamentales los trabajos de David Gaimster sobre la Hansa, a destacar "The Hanseatic Cultural Signature: Exploring Globalization on the Micro-Scale in Late Medieval Northern Europe", *European Journal of Archaeology*, 17:1 (2014), pp. 60-81.

¹⁸ Véase al respecto Nicolás RICHARD: "Presentación: La guerra en los márgenes del Estado, simetría, asimetría y enunciación histórica", *Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana*, 5:1 (2015), disponible online en <http://journals.openedition.org/corpusarchivos/1405#bodyftn1> [consultado por última vez el 28 de diciembre de 2017]. En este sentido apunta también Mark LEVENE: *The Rise of the West and the Coming of Genocide. II. Genocide in the Age of the Nation State*, Londres-Nueva York, I. B. Tauris, 2005. Más actual y referente a Australia véase el interesante trabajo de Angela WOOLLACOTT: *Settler Society in the Australian Colonies: Self-Government and Imperial Culture*, Oxford, OUP, 2015.

cretas de organización social y política y, por lo tanto, una de sus funciones fundamentales es contribuir al reforzamiento del statu quo vigente y actuar como estabilizador social. Sin embargo, las influencias y los condicionamientos no sólo tendrían lugar de forma unidireccional. Al fin y al cabo, más allá de la acusada personalidad propia que impone la integración en cualquier cuerpo armado, con toda una serie de ritos de paso, códigos de comportamiento y sentido de la responsabilidad, los propios militares son miembros de las sociedades en que viven y, por eso mismo, también están expuestos a los cambios y transformaciones de todo tipo que acontecen en el seno de éstas. La mejor muestra de ello son los artículos de David A. Abián y José-Miguel Palacios, que completan este dossier temático con sendos estudios sobre la vida de las academias militares españolas en épocas tan distantes como la segunda mitad del siglo XVIII y el último cuarto del siglo XX, durante el proceso de cambio político a la democracia. Aunque los objetivos de cada uno de los autores difieren entre sí, más allá de la temática existe un grado indiscutible de complementariedad que hace sumamente interesante su lectura en paralelo por cuanto nos adentra a las conexiones del mundo militar con la realidad social y política de su tiempo.

No por nada, durante la Guerra Fría y al calor de la teoría del desarrollo político y económico tuvieron lugar intensas discusiones sobre el supuesto papel decisivo que podían jugar los militares, sus instituciones y sus relaciones con el mundo cívico-político en los procesos de modernización en los llamados países subdesarrollados. Estos debates académicos se explican en buena medida fruto del interés estadounidense por legitimar su apoyo a dictaduras militares en todo el orbe frente al avance de la izquierda revolucionaria y la amenaza del bloque comunista, pero también a los intentos de otros intelectuales y teóricos por impugnar el supuesto carácter benéfico de la intervención castrense en la política.¹⁹ El caso paradigmático en este sentido fue la llamada Operación Cóndor, que se caracterizó en esencia por el desarrollo de una estrategia conjunta a nivel continental tendente a acabar con cualquier tipo de iniciativa político-económica emancipadora en los países latinoamericanos frente a las élites tradicionales y la influencia de los Estados Unidos.²⁰ Sin embargo, la red

¹⁹ Con su particular aportación a la teoría del desarrollo y el papel jugado por los militares en la modernización de Brasil véase el clásico de Alfred C. STEPAN: *The Military in Politics: Changing Patterns in Brazil*, Princeton, Princeton University Press, 2015 [1971]. Dos contribuciones clásicas desde el punto de vista del establishment y el statu quo son las de Juan J. LINZ y Alfred C. STEPAN: *Problems of Democratic Transition and Consolidation: Southern Europe, South America, and Post-Communist*, Baltimore, JHUP, 1996 y Samuel P. HUNTINGTON: *The Soldier and the State: The Theory and Politics of Civil-Military Relations*, Cambridge (Massachusetts), HUP, 1957. Visiones desde otro punto de vista fueron las aportadas por Noam CHOMSKY: *La segunda guerra fría. Crítica de la política exterior norteamericana, sus mitos y su propaganda*, Barcelona, Crítica, 1983.

²⁰ Para el caso de Argentina y sus conexiones con los Estados Unidos en el desarrollo de una política antisubversiva son recomendables los artículos de Esteban PONTORIERO: "Excepcionalidad jurídica y contrainsurgencia: claves para pensar la racionalidad militar en los inicios del terror de Estado en Argentina (1973-1976)", *Páginas (Rosario). Revista Digital de la escuela de Historia*, 9:19 (2017), pp. 53-74 y "'Preparativos de guerra': Ejército, doctrina antisubversiva y planes represivos en los orígenes

contrarrevolucionaria también tuvo su correlato en Europa, con la Operación Gladio, que pasó por métodos y estrategias muy similares a nivel cualitativo, aunque más limitadas a nivel cuantitativo, y que en el caso de España ayuda a explicar el apoyo estadounidense al franquismo a través del Plan de Estabilización de 1959, que abrió la puerta al llamado desarrollismo de los años 60 y al surgimiento de un capitalismo clientelar y proteccionista.²¹ En todos los casos, la intervención directa o indirecta de los militares en la vida cívico-política de su propio país o de otras potencias vino dictada por una acusada identidad mesiánica y un agudo y particular sentido de la responsabilidad, algo que ha hecho que los hombres de armas se hayan visto a menudo a sí mismos como garantes de las esencias del bien y el orden.

En cualquier caso, una vez más la relación entre el mundo militar y la política es algo que viene de largo, y donde el principio de responsabilidad ha ido muy asociado al ansia de poder, gloria y riquezas. Sea como fuere, el propio sentido del deber, así como sus supuestos beneficiarios y el modo en que estarían vinculados a los militares, es algo que también ha variado a lo largo del tiempo, asociado a la identidad familiar, de clase, religiosa, étnica, cívico-política o nacional, entre muchas otras variables. Sin ir más lejos, el desarrollo y expansión de la guerra naval en la Grecia clásica parece que acabó siendo de forma imprevista un factor clave en la llegada de la democracia, tanto en Atenas como en otras polis. La flota ateniense, cada vez más grande, no sólo requirió un grado de especialización y tecnificación muy importante, sino que requirió de grandes dotaciones de 170 hombres sólo para impulsar *las triremes*, todos ellos procedentes de las clases populares más bajas de la polis, los *thetes*, que al ser partícipes de la victoria exigieron y consiguieron acceder a los derechos políticos. Teniendo en cuenta que sólo en la batalla de Salamina (480 a. C.) Atenas entregó 180 buques de este tipo, la cuenta es fácil a la hora de evaluar el posible impacto de la guerra y lo castrense sobre la política y la sociedad de la polis.²² Y es que, como decíamos, no sólo la contingencia es básica en la comprensión del pasado, sino que además las propias instituciones militares están expuestas a los cambios de su época, hasta el punto que constituyen es-

nes del terror de Estado, 1973-1976”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 5:10 (2016), pp. 319-339.

²¹ En este sentido, y para la contribución decisiva de la dictadura militar de Castelo Branco en el desarrollismo brasileño, véase Amanda N. MALINI: *Unbreakable: Developmentalism and Military Rule in Brazil*, Washington DC, Georgetown University, TFM inédito, 2016.

²² Al respecto existen diferentes visiones, no todas coincidentes, con lo cual el debate está servido. Véase por ejemplo Paola CECCARELLI: “Sans thalassocratie, pas de démocratie? Le rapport entre thalassocratie et démocratie à Athènes dans la discussion du Ve et du IVe siècles av. J.-C.”, *Historia*, 42 (1993), pp. 444-470 o Hans VAN WEES: *Greek Warfare: Myths and Realities*, Londres, Bloomsbury, 2004, especialmente en el capítulo 15. Para una postura contraria a estas tesis véase Vincent GABRIELSEN: “Socio-Economic Classes and Ancient Greek Warfare”, en Karen ASCANI (ed.), *Ancient History Matters: Studies Presented to Jens Erik Skydsgaard on his Seventieth Birthday*, Roma, L’Erma di Bretschneider, 2002, pp. 203-220. Para una visión intermedia véase David ROSENBLUM: “The Athenian Navy and Democracy: Top-Down, Bottom Up, or Topsy-Turvy Organization?”, borrador provisional en academia.edu.

cenarios propicios para valorar la profundidad y persistencia de las transformaciones político-sociales, económicas y culturales de cada momento.

Sin ir más lejos, David Abián trata de mostrar los retos y las tensiones generadas por la evolución de la guerra en el siglo XVIII hacia una mayor tecnificación y, por tanto, las necesidades formativas derivadas de dicho fenómeno. Las razones económicas no bastan por sí solas para explicar el cierre de las primeras academias encaminadas a dotar a los futuros oficiales de una formación especializada que les permitiera responder con garantías a las exigencias de los conflictos de su tiempo. Tal y como demuestra el autor, el fracaso inicial a la hora de consolidar las academias destinadas a los cadetes de las armas de infantería y caballería tuvo mucho que ver con los intentos de las élites político-sociales por proteger sus privilegios frente a la emergencia de otras clases sociales, sobre todo en un mundo donde oficialidad había estado asociada a nobleza igual que lo habían estado ciudadanía y servicio militar en la Grecia clásica.²³ En este punto, el artículo no cuestiona el impacto de la Ilustración, vinculada por lo general a la meritocracia y la primacía del conocimiento, aunque sí matiza su impacto real en la España de la segunda mitad del siglo XVIII, donde el ejército actuó como un garante de la tradición. Por su parte, José-Miguel Palacios se adentra en la vida cotidiana y los gustos culturales de los cadetes de la Academia General Militar durante el periodo del cambio político de finales de los 70 del siglo XX, poniendo de manifiesto la atracción que las nuevas tendencias culturales ejercían sobre los futuros oficiales. En este sentido, y en línea con algo que ya se había manifestado en el ejército franquista durante la guerra civil, el autor observa una clara tendencia a la despolitización y a la profesionalización en la formación de los cadetes, seguramente pensando en favorecer la cohesión interna.²⁴ En este sentido, sería interesante llenar el vacío historiográfico existente entre el año 39 y el 76 a través del estudio de la experiencia socio-cultural en las academias, pero también el servicio militar, durante el franquismo, valorando el impacto de ambos fenómenos en el ejército y en la vida del país.

Concluimos la introducción de este nuevo dossier, cuando la andadura de la *Revista Universitaria de Historia Militar* llega a su sexto año y a su doceavo número, si bien con la certeza de que vamos a seguir creciendo y de que el camino para ello ofrece pocas dudas.

²³ Sobre esta última cuestión véase Matthew TRUNDLE: "Hiring Mercenaries in the Classical Greek World: Causes and Outcomes?", *Millars. Espai i Història*, XLIII:2 (2017), pp. 35-62.

²⁴ Para la primacía de la necesidad militar sobre el adoctrinamiento político dentro del ejército sublevado véase *La consolidación social del franquismo. La influencia de la guerra en los «soldados de Franco»*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2013. Sin embargo, sobre los intentos por politizar y encuadrar a los veteranos en la posguerra véase Ángel ALCALDE: *Los excombatientes franquistas. La cultura de guerra del fascismo español y la Delegación Nacional de Excombatientes (1936-1965)*, Zaragoza, PUZ, 2014.

Todos los artículos de este número son una muestra evidente de que las amplias y diversas cuestiones referentes a la guerra y al mundo militar sólo pueden ser abordadas dentro de su relación simbiótica y conflictual con la cultura y la sociedad en que se enmarcan. En el caso de los trabajos que componen el dossier ha quedado claro que la arquitectura militar, especialmente las fortificaciones, son construidas a menudo como encarnación de la civilización y salvaguarda de la cultura, y por lo tanto son claves no ya sólo en las políticas expansivas, defensivas y represivas, sino también en la forja de identidades y marcos de referencia. En este sentido, las infraestructuras militares son también los hogares de las instituciones castrenses, y por eso mismo no es casual que su existencia responda a objetivos similares, por mucho que su evolución y uso no se entienda sin la contingencia y el factor humano, que son al fin y al cabo los que las dotan de sentido y las resignifican dentro de un diálogo constante.